

Homenaje al Doctor Américo Ricaldoni

((De “La Mañana”, 7 de Julio de 1928)

El doctor Américo Ricaldoni

Desaparece con el eminente Clínico una de las figuras más destacadas de nuestro ambiente médico

Vencido por la pertinaz dolencia que lo aquejara desde hace algunos meses, falleció anoche el doctor Américo Ricaldoni.

Desaparece con el eminente clínico una figura extraordinaria, cuyos valores aquilatados desde hace muchos años dentro y fuera del país, habían convertido su armónica y admirable personalidad en uno de los valores cumbres de la intelectualidad uruguaya.

La vida de Ricaldoni fue un apostolado.

Niño, fue alumno modelo de la escuela que fundara y dirigiera su padre don Pedro Ricaldoni, educacionista italiano que tuvo gran aceptación como maestro en Montevideo; joven, fue estudiante brillante y contraído; médico, cumplió su cometido con sin igual eficacia, siendo profesional, investigador y maestro, sintetizando así en esos tres aspectos diferentes y complementarios a la vez, una personalidad perennemente directriz.

Esta admirable cualidad, fruto de una experiencia reconocida unánimemente y valores científicos y morales indiscutidos, hicieron de Ricaldoni en estos últimos años algo así como el supremo juez en materia de diagnóstico médico.

Cuando una vida preciosa o querida peligraba o cuando el médico de cabecera o sus colegas consultados vacilaban respecto a la evolución de sus enfermos o de la conducta terapéutica a seguirse, se recurría al maestro, cuya opinión siempre oída y respetada era la última esperanza o trágicamente –cuando la enfermedad había ya franqueado el último eslabón hasta donde el médico puede llegar – era el primer consuelo.

Fallecido Soca, Ricaldoni tuvo para sí solo la inmensa responsabilidad de ser consejero de sus discípulos y colegas uruguayos, y todos, desde los clínicos especializados y cirujanos más eminentes, hasta los galenos jóvenes – que llegan a la lucha pletóricos de energías y de conocimientos ultramodernos, aprendidos en la última experiencia realizada o leídos en la revista más novedosa o de fecha más reciente – reconocieron sin esfuerzo en el extinto compatriota su magnífica potencia intelectual.

Maestro por vocación, Ricaldoni fue profesor desde muy joven en la escuela de su padre, y a pesar de que hacía ya más de cuarenta años que ejercía la función docente, sus entusiasmos no habían decaído en lo más mínimo, y cada una de sus clases – magistrales por lo importante del contenido y por la galanura de la exposición – le daban motivo para despertar entre sus discípulos, que año tras año pasaban por su servicio de clínica médica, inquietísimos de superiorización y de amor a la investigación personal.

Admirador de la escuela francesa, de la que fue discípulo y con cuyas figuras representativas cultivó cordialísimas relaciones científicas y personales, tuvo la preocupación de la universalidad de sus conocimientos, seguro de que no se puede ser gran maestro desconociendo los problemas fundamentales de la filosofía y de la historia o no gustando de las exquisiteces de la literatura y del arte; y en su búsqueda ansiosa de la Verdad, encontró por doquiera la Belleza.

Fundó su obra de investigador y de maestro – toda equilibrio y toda armonía – en la íntima unión de la observación y el razonamiento, y tuvo, siguiendo fielmente a los sabios del Siglo XIX, la preocupación del método, arma esencial de la ciencia francesa que dio a aquella su vigor de análisis, su fecundidad y su carácter.

Ese método hizo producir a Ricaldoni obras definitivas entre las cuales su tratado de “Patología Americana” marcó una fecha en la producción médica del continente, y fue también ese método y ese entusiasmo, lo que lo llevó a crear el Instituto de Neurología, fundado hace recién un año bajo su dirección, y el cual está llamado a ser un centro de incalculable importancia.

Su amor por la nueva institución, puramente especulativa, se puso de manifiesto en estos últimos meses en que el maestro ya enfermo, escribía y alentaba a sus colaboradores, a fin de publicar el primer volumen de los archivos del Instituto de Neurología, que son algo así como su testamento de hombre de ciencia.

Esa obra debe figurar entre las de más valía aparecidas en el país y su publicación representa para las ciencias médicas un acontecimiento de tanta importancia como lo fue la de “Ariel” o “El embrujo de Sevilla”, para la literatura; la del “Poder Legislativo” de Aréchaga para las ciencias jurídicas; la de “La Historia de la dominación Española”, de Bauzá, para la Historia.

En ese volumen figuran las lecciones y conferencias, memorias y artículos originales, documentos clínicos y anatomoclínicos, cómputo de la labor del Instituto en 1927 y entre el gran número de trabajos

redactados por una pléyade brillante de investigadores, anotamos los siguientes con la firma del maestro: “Orientaciones para una clasificación de las enfermedades del sistema nervioso”, “La ceguera en sus relaciones con las enfermedades orgánicas del sistema nervioso”, “La hipertensión intracraneana”, “Reflejos hiperalgésicos en la enfermedad de Friedrich”, “El fenómeno del cric y la rueda dentada visible de los estudios parkinsonianos”, “Síndrome de la pared externa del seno cavernoso, probablemente de origen sifilítico”, “Estado del mal en un antiguo epiléptico jacksoniano postraumático curado rápidamente después de provocarse un absceso de fijación”, “Enfermedad congénita y familiar”, “Plataforma móvil para la observación y el registro gráfico del fenómeno de Romberg”, “La astenia teobromínica”, etc., etc., muestra definitiva de cómo y con qué intensidad Ricaldoni trabajaba.

A su vida de médico, de profesor y de investigador, hay que agregar su vida de hombre, toda firmeza y toda hidalguía.

Dentro de un físico algo enclenque, dentro de una persona normalmente suave que dedicaba sus pocos ratos de ocio para ponerse en contacto con los clásicos griegos o latinos – a los cuales conocía hasta en sus menores detalles – o deleitarse oyendo las composiciones de Mozart, de Beethoven o de Wagner, se encerraba un espíritu recio, incapaz de claudicaciones y donde el “valor hombre”, ese del que nos habla Pérez de Ayala, se encontraba en grado superlativo.

Y así fue intachable en su vida civil; y en los puestos directrices que ocupó, no vaciló en llevar a cabo una idea, cuando la creyó justa, a pesar de la oposición vehemente de sus más queridos amigos, los cuales llegaron en una época a distanciarse de él casi en absoluto, para más tarde, procediendo con altura digna de verdaderos caballeros, reconocer sus errores o por lo menos declarar que los motivos de divergencia ni eran tan graves como para pronunciar palabras irreparables, ni capaces tampoco de romper los vínculos sagrados de la amistad.

Y así fue como Ricaldoni decano – frente a casi todos los de su época – dio a la Facultad de Medicina los cursos libres, en la parte teórica, hoy unánimemente aceptados en ese instituto docente después de diez años de experiencia.

Como Vilardebó, como Visca y como Soca, Ricaldoni marca una época dentro de la historia de la medicina uruguaya, y si su cuerpo, vencido hoy por un mal que tantas veces él quiso curar en los otros, desaparece para siempre, acreciéntase, en cambio, su nombre para el futuro de la ciencia médica nacional.